



MARCO MARTOS CARRERA

NERUDA EN EL CORAZÓN

Celebramos en todo tiempo y circunstancia a Pablo Neruda, uno de los poetas fundadores de la pujante y diversa poesía hispanoamericana contemporánea, y una voz absolutamente original en el concierto de la lírica de todo orbe. En este mismo momento, en distintos escenarios se levantan diferentes voces para testimoniar el reconocimiento de diversos lectores, en su mayor parte eruditos profesores, críticos literarios, autoridades políticas y municipales. Neruda tiene un reconocimiento oficial que se renueva cada año y que tiene ribetes especiales en este V Congreso de la Lengua Española. Mágica y simbólica, su palabra, de un modo excepcional, vuelve a las primeras páginas de diarios y revistas, y su nombre se menciona con respeto en distintas ágoras públicas, en noticieros de radio y televisión y en conversaciones privadas. Justo es decirlo: Neruda es también una moda. Y como toda moda, ese rumor y esa gana de hablar de Neruda a diestro y siniestro, serán efímeros como el viento, aunque extenderá su voz a lo largo un buen tiempo. Pero él prevalecerá más allá de esta circunstancia porque supo, como pocos, ser responsable frente a la lengua de sus mayores, tuvo el talento para conservarla intacta, ampliarla y perfeccionarla. Como poeta auténtico no solo ofreció en sus versos su propio estro, sino que supo descubrir las variaciones de

la sensibilidad, aquello que estaba en el aire de su tiempo, y así desarrolló y enriqueció nuestra lengua común.

Pero es aprovechada esa ola, en esta ocasión diremos una palabra sobre el Neruda permanente, la palabra que el lector busca en una noche lóbrega para encontrar sentido a su vida o a la historia de los pueblos. Desde su juventud, pasada en el sur de Chile, cuando Pablo Neruda empezó a escribir, nos fue entregando, como ha dicho Alain Sicard, una poesía autorreferencial. Estadísticamente son escasos los poemas nacidos de su pluma en los que no hay alusiones al propio autor de los textos. De manera que los sesudos profesores pueden señalar, sin equivocarse, una actitud romántica de base en la poesía de Neruda con un yo hipertrofiado que está en el centro del mundo. Y esta es una verdad redonda que nadie puede negar. Pero lo importante es que hablando de sí mismo, en sus poemas iniciales, los de *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y *El hondero entusiasta*, el poeta está exponiendo situaciones arquetípicas que son compartidas por toda la humanidad. Neruda, desde sus comienzos, se convierte en la voz de la tribu. Cada uno de sus poemas nos remite a situaciones que conocemos y lo que el poeta expresa es un sentimiento que es nuestro. Como no podría ser de otro modo, el joven Neruda habla de amor y haciéndolo, aunque sus estudiosos y biógrafos han precisado de modo inequívoco los nombres de las mujeres que provocaron la creación de cada uno de sus versos, el decir del poeta es tan sencillo y a la vez tan profundo que atañe a todas las mujeres y a todos los hombres que viven situaciones amorosas, es decir, a toda la humanidad. Con esto queremos decir que desde el comienzo de su carrera literaria, sin que el poeta lo supiese de modo claro, se había convertido en uno de esos poetas que llamamos clásicos, que trae el perfume de otro tiempo y que se mezcla con el olor de la actualidad. Esa marca inicial, esa capacidad de expresar los sentimientos de los otros, Neruda la conservaría toda

la vida. Siempre habrá un adolescente, una muchacha de larga cabellera, una mujer en la plenitud de su esplendorosa belleza, o un hombre adentrado en la senectud leyendo los versos de amor de Neruda. ¡Tanto se ha dicho sobre el amor a lo largo de los siglos! Nadie como los poetas para ser consultados sobre las veleidades de ese desconocido niño dios con su carcaj de flechas de amor, de desamor y de indiferencia, como lo señaló a principios del siglo XX Sigmund Freud. Y entre los poetas de habla castellana, ninguno como Neruda para decirlo con más propiedad.

En un hermoso opúsculo, titulado *En el mismo barco*, el filósofo alemán Peter Sloterdijk señala que dos movimientos, dos actitudes a la largo de toda la historia de la humanidad, presiden la vida de los hombres. En principio el hombre pertenece a una horda, se siente cómodo dentro de ella, se desplaza a sus anchas. La tribu primitiva se manejaba solamente con los valores de mantenerse y reproducirse. Nómada, iba de un lugar a otro cumpliendo esos mandatos instintivos. Los valores que hasta hoy conservamos de solidaridad, de reciprocidad, de afecto, nacieron entre esos tataratatarabuelos de todos los hombres. Pero uno de esos días primitivos que puede haber durado siglos, el hombre se sintió incompleto dentro de la tribu primitiva, tuvo apetencia de lo desconocido y se incorporó a otra tribu, más pequeña, menos genérica, más especializada. Salió de la familia que era la horda para internarse en un grupo diferente. La historia de la humanidad no es sino el movimiento pendular entre la horda primitiva y las superhordas que aumentan en proporción geométrica: las superhordas de los biólogos, de los matemáticos, de los juristas, de los aficionados al deporte, de los músicos, de los químicos, de los filósofos, de los políticos. Con sombrío humor dice Sloterdijk que la superhorda más superhorda de todas es la del gobierno de las naciones. Y que su tarea, que empezó

en Occidente en los sofistas y en los demagogos griegos, es hacernos creer a los demás miembros de las tribus dispersas que todos pertenecemos a la misma supertribu que ellos comandan. Y una vez que todos estamos convencidos, procuran llevarnos a empresas comunes, que pueden ser benéficas, como la construcción y el crecimiento de una nación, o dañinas, como las guerras en las que apenas si sabemos las razones por las que peleamos.

Neruda como poeta, como todos los demás hombres, siguiendo la terminología de Sloterdijk, cumple con ese papel pendular de expresar la tribu y las supertribus a las que se adhería de todo corazón. Después del tiempo para él sombrío, pero sumamente intenso para su propia poesía de la lírica sobre los amores perdidos, Neruda entró en una fase de desazón, podemos decir que entró a la superhorda de los desesperados y así se manifiesta en la etapa del libro *Residencia en la tierra*, libro magnífico, para algunos el mejor que salió de su pluma, que le ha dado justa fama y numerosos adherentes en todo el mundo. En décadas recientes los franceses han inventado un término para señalar grados de desesperación. La palabra usual es *désespéré*, pero por influencia del castellano han inventado una palabra superlativa: *desperado*. Desperado no es otra cosa que un desesperado que llega a los límites, a los bordes mismos del abismo. Y justamente Neruda en algunos de los poemas de *Residencia en la tierra* que, recuérdese, inicialmente fue concebido como tres volúmenes diversos, *Primera*, *Segunda* y *Tercera Residencia*, llega a esa situación de extremada desazón que muy pocos poetas han logrado plasmar en el verso. Y los poemas que mejor expresan esta situación desesperada son *Tango del viudo* y *Walking Around*. El lector acucioso de *Residencia en la tierra* encontrará, a medida que va pasando esas páginas que parecen todas antologables, cómo el poeta va pasando de la tribu de los desesperados a la tribu política de los poetas que participan en las luchas del mundo.

Esos pasajes de *España en el corazón*, plenos de amor por la justicia y la libertad, conmovido testimonio de su afecto por Rafael Alberti, por Federico García Lorca, por la causa eterna de la España del Cid y del Quijote, de Unamuno y de Machado, son clara expresión de la adhesión de un poeta americano de primer nivel, a una causa que parecía y era justa a los ojos del mundo. *Residencia en la tierra* se terminó de escribir en medio de la vorágine. Ya la horda de los desesperados quedó atrás y Neruda nunca más volvió a ella. Tenía algo más intenso que cantar que el dolor individual: la lucha de los pueblos. Sus dos magníficos cantos de amor a Stalingrado permanecen como modelo de poesía épica en el siglo XX, como lo son los poemas de César Vallejo de *España, aparta de mí este cáliz*.

Fue este el momento en que Neruda se hizo militante comunista. Para seguir con la terminología propuesta, entró en la superhorda de los comunistas. Ser seguidor de Marx implica una visión del mundo, un objetivo político, una opción de vida. Y Neruda la tomó sin dudas ni murmuraciones, pero también sin imposiciones. Es interesante percibir cómo en este momento inicial de su adhesión al marxismo, el poeta permaneció fiel a los valores que ya traía, principalmente el del canto a la horda primitiva, es decir, al pueblo. Y como esa identificación con la horda primitiva coincidía con el credo comunista que hasta cierto punto tuvo la obligación de aceptar, no hubo dogmas, ni órdenes, ni consignas, en la extraordinaria poesía de *Canto general*.

Neruda, es un poeta chileno. Solo un chileno puede cantar con tan hondos acentos al salitre, al copihue, o a las lluvias torrenciales del sur del continente. Pero visto de otro modo, la chilena no es sino una de sus superhordas. Justamente, en el momento en que, siguiendo las enseñanzas de ese poeta extraordinario, Alonso de Ercilla y Zúñiga, hombre de dos patrias, España y Chile, Neruda estaba

cantando a las glorias de la tierra chilena, el pequeño dios que vivía en su estro le aconsejó un camino más arriesgado y laborioso: cantar a toda la tierra americana. Y eso es *Canto general*, el poema épico de la tierra americana. Y de este modo el Perú entra con un papel de privilegio en la poesía de Pablo Neruda. Y los peruanos tenemos la satisfacción de que algunos de los versos más hermosos nacidos de la pluma de Neruda están dedicados a un rincón de nuestra patria que es uno de los más hermosos del mundo. «Alturas de Macchu Picchu», lo sabe bien quien lo lee, es una de las páginas más hermosas escritas por un poeta americano. Y es así como entra Neruda en la supertribu de América toda. Es interesante observar cómo a partir de ese momento, la poesía de Neruda se hace más libre. Podría decirse que se hizo impoluta frente a los avatares políticos del propio autor.

En los años que precedieron al Premio Nobel concedido en 1971, Neruda gozaba de tal popularidad y había alcanzado tal reconocimiento y tenía tal destreza verbal que escribió poema tras poema y libro tras libro. Mucho de estos textos han sido juzgados con extremado rigor por los críticos. Ya lo dijo Cervantes: «en las obras más logradas se buscan más yerros». Neruda es un gran poeta no solamente por el placer que podemos encontrar leyendo sus versos, sino porque formando parte de la tradición de la poesía en lengua española, la modificó y dio su sello personal a cada uno de sus versos. Mientras vivió, Neruda ejerció una influencia directa sobre otros poetas, sufrió también los consabidos ataques fraticidas y parricidas; ahora que las pasiones sobre él mismo se aquietan, es posible juzgarlo con mayor objetividad y disfrutarlo con toda libertad. Parte del misterio de su popularidad está en que siempre supo mantener un hilo de contacto con el gusto popular, y otro profundo, secreto, laberíntico, con la experimentación más extremada. La parentela literaria de Neruda es inmensa,

desde Villon y François Rabelais, hasta Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Louis Aragon y Paul Éluard; desde el *Poema de Mio Cid* hasta Lope de Vega y Miguel Hernández, desde Walt Whitman hasta José Santos Chocano, y Rubén Darío, por supuesto, que con su luz azul sigue iluminando América.

Pablo Neruda animó durante el siglo xx el panorama de la poesía chilena, que ha dado frutos sorprendentes de enorme calidad y trascendencia: Vicente Huidobro y Gabriela Mistral, Nicanor Parra y Gonzalo Rojas, Jorge Teillier y Enrique Lihn, Óscar Hahn, Omar Lara y Juan Luis Martínez, Pedro Lastra y Gonzalo Millán, Raúl Zurita, Federico Schopf y Juan Cameron, Elvira Hernández y Cecilia Vicuña. Un poeta de hondo talento se percibe de distintas maneras: por el efecto sobre sus contemporáneos, lectores y escritores, por la honda repercusión en los de las generaciones siguientes y también, por un efecto retardado, por lo que ocurre décadas o centurias más tarde. Y en Neruda todos los signos lo favorecen: tuvo una temprana popularidad en la época de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y de *Residencia en la tierra*, la acrecentó enormemente en los años de *Residencia en la tierra*, y alcanzó su apoteosis en el tiempo de *Canto general* y de las *Odas elementales*. Nadie sabe cómo será el futuro, pero se puede arriesgar un vaticinio: los poetas que vendrán lo tendrán también como uno de sus más importantes predecesores. De ser un referente literario, se volvió un referente cultural y también político, sin duda. En su larga travesía vital las escaramuzas literarias lo dejaron indemne, su poesía se fue abriendo paso en medio de los ventarrones y huracanes, fue tierna y poderosa y más que combativa, que también lo fue, es ahora mismo una poesía comunal que concierne a América y al mundo entero. En el manantial que constituye la escritura de Neruda, vienen a beber los críticos sesudos y los lectores de toda laya. Y ese es el secreto de su permanencia.

Los lectores de América y de todo el orbe hispano conocen a Neruda desde la escuela inicial y continúan disfrutándolo a lo largo de sus vidas. Siempre hay un verso de Nef-talí Reyes, Pablo Neruda, que da esperanza en las horas más sombrías.